

“DONDE MIS ABUELOS, COTIDIANIDAD EN FRAGMENTOS”

PABLO TABORDA GNECCO

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador Social con énfasis en Audiovisual

Director: Yesid Hernández

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y LENGUAJE
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
BOGOTÁ, D.C.

2019

Reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana

ARTÍCULO 23

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católica y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

Bogotá D.C. 18 de noviembre de 2019

Doctora

Marisol Cano Busquets

Decana Facultad de Comunicación y Lenguaje

Pontificia Universidad Javeriana

Apreciada Decana:

De la manera más atenta me dirijo a Usted con el fin de presentar mi trabajo de grado “DONDE MIS ABUELOS, COTIDIANIDAD EN FRAGMENTOS” para optar por el título de Comunicador Social con énfasis en producción audiovisual.

Atentamente,

Pablo Taborda Gnecco

C.C. 1018488275

Estudiante de Comunicación Social

Bogotá D.C. 18 de noviembre de 2019

Doctora

Marisol Cano Busquets

Decana Facultad de Comunicación y Lenguaje

Pontificia Universidad Javeriana

Cordial saludo. Por medio de la presente pongo a su consideración el trabajo de grado “DONDE MIS ABUELOS, COTIDIANIDAD EN FRAGMENTOS” para optar por el título de Comunicador Social por parte del estudiante Pablo Taborda Gnecco. Este trabajo presenta una reflexión sobre la cotidianidad como fuerte narrativa para la creación audiovisual. El estudiante ha realizado a través de una búsqueda personal, un trabajo donde en diferentes momentos y con diferentes recursos audio-visuales, recupera la memoria familiar y la extiende a un universo estético y comunicativo desde la producción de trabajo audiovisual que presenta junto a este documento.

Cordialmente,



CC. 80.219.603

Yesid Fernando Hernández Rojas

Docente asesor

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	6
2. EL ÁLBUM FAMILIAR AUDIOVISUAL	10
3. MARCO METODOLÓGICO	23
4. UNA NUEVA MANERA	28
5. LOS PRIMEROS FRUTOS	40
6. CONCLUSIONES	44
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	46

INTRODUCCIÓN:

Al no ser consciente de lo que se tiene, muchas veces es necesario experimentar pérdidas personales o verlas en vidas ajenas para abrir los ojos. Tristemente, de manera inconsciente tendemos a esperar que sea demasiado tarde, no para abrirlos, sino para encontrarnos con eso que aprendimos a valorar ya cuando los hemos abierto.

Tiempo atrás conversaba con unos compañeros y llegamos al tema de los abuelos. La mayoría se refería a ellos en pasado, compartían sobre lo que habían vivido alguna vez, lo que se acuerdan respecto a su manera de ser, dónde vivían, si se reunían para verlos o no, entre otras anécdotas. Todo esto, conversado siempre desde la nostalgia, desde lo que fue. Caí en la cuenta luego de un rato que entre todos los dialogantes yo era el único que aún podía hablar de sus abuelos en presente, no necesariamente recordando al que alguna vez vivió y ahora reposa únicamente en los vaivenes de la memoria.

Así entonces, resulté siendo el único con la bendición de tener a sus cuatro abuelos vivos; no solamente vivos, sino lúcidos y capaces de reunir toda una familia un sábado en la tarde. Fue en este momento que pensé en los Taborda Castro, mi familia paterna. Pensé luego en Alicia y Leonardo, mis abuelos maternos, pero están separados desde hace muchos años. Leonardo vive en Mesitas del Colegio, así que esta y otras razones no han permitido que nuestra relación sea la mejor, por lo que de inmediato le permití a mi mente seguir elucubrando sobre Julia y Jesús Aníbal, padres de mi padre.

El uno desde Santa Rosa de Osos, en Antioquia, y la otra desde Barranquilla, han llegado a ser el pegamento que, para lo que a mi concierne, ha unido de manera excepcional a la familia estos últimos años. Antes solía frecuentar la casa de cualquiera de mis dos tíos, compartir independientemente con mis primas, jugar, planear paseos y pijamadas. Ahora, todos los sábados, la pregunta general entre mi familia y yo es la siguiente: “¿Vas hoy a donde mis abuelos?”. Esto se ha convertido en una tradición, mezclada de manera muy saludable con la convicción propia de aquel que quiera ir.

Cantidad de personajes, experiencias, objetos, rutinas, recuerdos, conflictos y demás, confluyen en Donde mis abuelos. Hablar superficialmente sobre política, economía, automóviles, las vidas profesionales de cada integrante de la familia y el futuro que le habrá deparado a fulano o sutano, son los temas recurrentes en el comedor. La mesa, su lámpara, el angosto corredor y los cuadros inamovibles, han sido pacientes testigos de todos los relatos que allí se concentran. Me atrevo a decir que una de las pocas veces que los cuadros se han movido, sino la única, ha sido en un temblor hace más de una década. Hoy más que nunca, esos sábados son el mejor chance para darle continuidad a la relación familiar, y ese apartamento ubicado en el doceavo piso de la torre 6 del Remanso de Santa Cruz, es el predilecto punto de encuentro para los Taborda Castro.

Pensé entonces en una manera de reunir todo lo anterior, en un formato entregable que almacenara esta identidad familiar. Al tratarse de un gran relato dependiente de las reuniones sabatinas, y teniendo en cuenta la unicidad que se pretende retratar en cada ocasión, la materialización de esta idea no podía residir en la estructura clásica de un sólo producto documental. Ciertamente es que un documental podría considerarse un rompecabezas compuesto por

muchas piezas, siendo estas los archivos, las entrevistas, las tomas de seguimiento y los planos de apoyo, pero al convertir las piezas en pequeños relatos, el rompecabezas tendría otro nombre.

¿Cuál se ha creído como la manera predilecta de recolectar la identidad familiar? El álbum fotográfico. Allí se ha pretendido reflejar la vida de una familia, o una porción de su historia, contextualizada con breves comentarios sobre los eventos retratados y las fechas en que sucedieron, todo bajo el puño y letra del que ofició de montajista. En su interior, los momentos considerados dignos de registro y almacenamiento han sido, en su mayoría, los mismos de siempre. El cumpleaños, el aniversario, los viajes, el grado, el 24 de diciembre o el 31 de octubre, se han concebido como dignos acreedores de un espacio casi reservado en los álbumes de familia, volviéndose piezas fundamentales para el rompecabezas al considerarlos momentos llenos de riqueza identitaria e histórica. Pero, ¿Realmente lo son?

Me adhiero entonces a la idea de recoger la identidad de los Taborda Castro en un álbum, ya no fotográfico sino audiovisual, bautizando este rompecabezas como “Donde mis abuelos, cotidianidad en fragmentos”. Todas sus piezas tendrán un sentido en sí mismas y un sentido como conjunto, hallándome adepto al postulado expresado por Andréi Tarkovsky, “(...) como en un mosaico. Cada piedrecilla tiene su propio color. Es azul, blanca o roja; pero todas son diferentes. Solo al contemplar el mosaico terminado se ve qué pretendía el autor.” (Tarkovsky, 2002, p.103).

Ahora bien, ¿qué serán esas piezas o “piedrecillas”? Difiero en que la revelación de la identidad familiar radique en lo popularmente concebido como extraordinario, pues no concuerdo con la idea de reservar las páginas del álbum sólo para las catalogadas “fechas importantes”. Así

entonces, las piezas de este rompecabezas audiovisual, además de algún ocasional cumpleaños o aniversario, serán fragmentos de una cotidianidad construida por todos los ausentes y asistentes a las reuniones sabatinas, desde el 2016 hasta el 2019. Desde la ocasión en que mi abuela estuvo recostada mientras otros veían un partido de fútbol en su cuarto, pasando por el día en que arreglaron los bombillos de la lámpara del comedor, hasta una conversación espontánea con tintes de monólogo por parte de mi abuelo, el observador irá distinguiendo cualidades de los personajes, identificando características de sus relaciones, reconociendo los espacios y sus cambios, completando así el rompecabezas de Donde mis abuelos y, ojalá, revelándosele ese “ser” identitario de los Taborda Castro.

Así pues, con el registro como herramienta esencial, mi objetivo es demostrar la autenticidad de una familia, su cualidad empática con el espectador ajeno, y la riqueza identitaria que habita en las reuniones de sus miembros. Con todo esto pretendo sembrar en los observadores una conciencia de la finitud nuestra y del valor narrativo/emocional que tiene la cotidianidad familiar, para así apreciar de gran manera la existencia de la misma antes de que sea demasiado tarde.

EL ÁLBUM FAMILIAR AUDIOVISUAL

La familia es el protagonista principal del proyecto, pues es gracias a su presencia y a su ausencia que se construyeron. Sin embargo, no se abordó este concepto en búsqueda de la familia perfecta que solo posa y sonríe en las fotos.

La memoria y el olvido se presentan como dos factores algo contradictorios, pues la cantidad de uno tiende a ser inversamente proporcional a la del otro. El temor al segundo intentó contrarrestarse por medio del ejercicio de lo primero, ejercicio que se dió gracias a la materialización de ese álbum audiovisual y todo lo que comprendió su proceso, en mi y en los personajes involucrados. La contemplación, como lo dije anteriormente, es ese lugar desde el cual es necesario ubicarse para recibir lo que el proyecto propone. Va a ser esa actitud que, así como se ha adoptó en el proceso de registro y producción, también se deberá adoptar en la recepción del producto, renunciando a la noción global de lo extraordinario.

Para indagar en esa clásica manera de recolectar memoria e historia familiar, hallé en la obra de Armando Silva, filósofo colombiano, una radiografía de esa pieza tradicional llamada álbum. Sin embargo, como mi trabajo incluye piezas audiovisuales, también es pertinente contextualizar frente a la utilización de videos en el marco de lo familiar.

Para esto, tomé como referencia el término film familiar, utilizado y tratado por Roger Odin (2009) en su texto *"El film familiar como documento. Enfoque pragmático"*. Allí, él describe o

más bien aclara lo que se entiende por film familiar. "Por film familiar entiendo cualquier film (o vídeo) realizado por un miembro de la familia sobre personajes, acontecimientos u objetos vinculados de algún modo a la historia de esa familia y de uso prioritario para sus miembros" (Odin, 2009, p.199)

Ahora, ¿qué se entiende por álbum de familia? En términos generales, el texto "*Álbum de familia. La imagen de nosotros mismos*", de Armando Silva (2012), explica al álbum familiar como un conjunto de relatos en los que se evidencian diversas tradiciones, predisposiciones sociales e imaginarios frente a temas como la muerte o la celebración, y la manera en que todos estos elementos pueden estar mediados, clasificados, y determinados por la forma en que se construye el álbum fotográfico.

Sin embargo, existen postulados puntuales que resultan bastante pertinentes de señalar. Al tratar este proyecto como una especie de rompecabezas, conociendo ya el tipo de piezas que lo conformarán, el contexto llega a jugar un papel fundamental tanto en la creación del álbum, como en la recepción del mismo por parte de los observadores ajenos a las realidades familiares que allí se consignan.

"La foto con contexto, caso específico de la foto del álbum, sí que es una imagen-memoria, que transforma em familiar al observador, pues al fin y al cabo está dirigida a él o ella" (Silva, 2012, p. 93)

Lo anterior es de vital importancia en mi esfuerzo por hacer de esto algo digerible no sólo por mi, sino por todo aquel que, sin conocer a los Taborda Castro, acepte el reto de inmiscuirse en el presente álbum familiar audiovisual.

Pero, ¿porqué surgió este miedo? Para saber esto es necesario traer a colación a Roland Barthes (1980), quien expresa en su obra "*La cámara lúcida*" una especie de anécdota sobre la decisión de no exhibir una fotografía de su madre.

"Esta foto solo existe para mí solo. Para vosotros sólo sería una foto indistinta, una de las mil manifestaciones de lo cualquiera" (Barthes, 1980, p.145).

Fue esto el detonante de mi preocupación.

Seguido, encontré un comentario de la fotógrafa Susan Sontag que reforzó esta especie de angustia mía frente a lo que será la recepción del álbum familiar audiovisual. "(...) eso que me toca y que me hiere es intransferible, no puedo explicárselo a nadie (...)" (Sontag, 1980, p.26).

Sin embargo, así como encontré referencias teóricas que me llevaron a la preocupación, este sentimiento me permitió indagar en posibles soluciones, también desde lo teórico.

"Solo que estas imágenes no hablan por sí mismas: demasiado cotidianas, corren el riesgo de sumergirse en la banalidad; así que hay que trabajarlas para arrancarlas del sedimento al que se quedan pegadas para que produzcan sentido y hablen finalmente de lo que es, de lo que somos", (Odin, 2009, p.204)

Entendiendo esto, mi trabajo también consistió en procurar arrancar las imágenes utilizadas de esa extrema subjetividad que solo permitiría el goce o entendimiento de quienes son parte de la familia retratada, para así abrirle paso, no solo a la posibilidad de contemplación de estas piezas por parte de los agentes externos, sino a la empatía que lo registrado pueda generar en el ajeno observador, en esa:

(...) relación afectiva especial que las imágenes tejen con el espectador (...) el que las ha filmado es alguien como yo; así que estas imágenes son también un poco más: yo podría haberlas filmado también; me hablan de gente como yo... Esta relación imprime a las imágenes de estos films un poder de seducción y de atracción, una magia que las distingue radicalmente de las imágenes de los reportajes o de los documentales tradicionales: las veo con otros ojos. (Odin, 2009m p.210-211)

Retomando el tema de la importancia del contexto, algo muy similar a lo mencionado por Silva lo resalta Elisenda Ardèvol Piera, en trabajo conjunto con Nora Muntañola, en un capítulo correspondiente al texto *“Representación y cultura audiovisual en la sociedad contemporánea”* (2004). “ La significación de una fotografía depende de su contextualización. De su relación con otros productos visuales y textuales que la anclan en un marco interpretativo, en la relación con su contexto de análisis y su contexto de exhibición” (Ardèvol y Piera, 2004, p.176).

En este caso, el contexto de exhibición sería netamente académico en principio, pero es el acompañamiento de otros elementos lo que me resulta pertinente. Esto y sobre todo esto es lo

fundamental de mi trabajo. Si bien habrán muchas fotografías que no necesiten una guía escrita en su costado, o imágenes del álbum que no tengan específicamente un vínculo a un vídeo o sonido que las soporte narrativamente, este álbum familiar audiovisual es una totalidad construída por la relación que pueda hacerse entre lo físico y lo digital. Lo que se pretende evocar y expresar con el álbum completo, es ese marco interpretativo que dé sentido y significación a todas las piezas visuales y textuales.

Ahora, ¿de qué está compuesto el contexto de los clásicos álbumes familiares? Aquí radica el contrapunto que planteo con este trabajo.

(...) Volvemos a encontrar las mismas ceremonias rituales (boda, nacimiento, comida de familia, entrega de regalos, etc.), las mismas escenas cotidianas (bebé en brazos de su madre, bebé bañado, etc.), las mismas secuencias de vacaciones (juegos de playa, paseo de montaña, etc.). Ante semejante repetición de imágenes, el cansancio se apodera a veces del que mira estos films. Sin lugar a dudas, el valor informativo del film familiar es extremadamente escaso. (Odin, 2009, p.203)

Más adelante, Odin vuelve y señala esos parámetros que exigiría el estándar familiar.

Un film familiar tiene prohibido representar todo lo que pueda chocar o simplemente molestar (lo íntimo), todo lo que pueda sacarte de una visión optimista de la vida familiar (la enfermedad, el sufrimiento, la miseria), todo lo que pueda amenazar la representación ideal de la familia (las discusiones de pareja, los conflictos generacionales, los dramas familiares, etc.). En suma, el film familiar construye una visión eufórica de la vida familiar. (Odin, 2009, p.205)

Similares declaraciones hacen otros autores frente a lo que se espera de un álbum familiar, como es el caso de Masoliver y Arguimbau (2004). "Digamos que el álbum existe, en principio, para contar la vida y sus momentos felices, no la muerte" (Masoliver y Arguimbau, 2004, p.176)

Asimismo, retomando los postulados de Silva, este plantea lo siguiente: "(...) En el álbum se excluye, por principio visual, la tragedia. Es paradójico que si bien la foto es el signo más evidente y constatable de la muerte, el álbum como paradigma general se escapa e insiste en que su misión no es trágica sino amistosa, y hasta risible, pasatiempo intrascendente"

(Silva, 2012, p.71)

Existen cantidades de motivaciones dentro de un álbum familiar más allá de querer registrar un evento importante en la familia. Muchas razones por las cuales es como es y muchas revelaciones que entrega acerca del grupo humano que conserva dentro de sus páginas, residen en la omisión, en aquello que no se pega, aquello que como modelo se evita hacer frente al fotógrafo, o aquello que se excluye del monto de negativos para revelar. El álbum, junto con

aquello que no se incluyó en él, recoge una porción identitaria bastante grande de la familia en cuestión, evidenciando sus miedos, sus deseos, sus aspiraciones...(Silva, 2012).

Teniendo todo esta base. que reúne una especie de expectativa general que se tiene de los álbumes familiares, mi trabajo entra a generar controversias en cuando al dictamen clásico y muchas veces estereotipado. Esas acciones que se creen intrascendentes, esas cotidianidades que se ven como vacías e inútiles en cuando a la evidencia de una historia o de un elemento importante para la identidad de una comunidad, se trataron de una manera que precisamente procura contrarestar esa expectativa.

Aquello que normalmente no se ve en los álbumes descritos anteriormente, es lo que pretendí encontrar para, por medio de las herramientas audiovisuales, enaltecerlo, valorizarlo, hacerlo digno de contemplación y conservación. Al mismo tiempo, el hecho de que sea yo quien haya oficiado como el “montajista” o editor del álbum, sin tener tantas preocupaciones por la estética de los personajes ni su reputación, será un argumento en contra y un cuestionamiento a esos procesos de montaje de los álbumes clásicos.

Generalmente existe la necesidad de ver un retrato de la persona para que la imagen hable de ella, convirtiendose en casi que obligatorio el obturar siempre frente al rostro posado del personaje, como si esta predisposicion fuera el único elemento que permita al archivo fotográfico o audiovisual el poder hablar o testificar acerca de un personaje o una situación puntual. Según Silva, empiezan los casos en los que "la espontaneidad cede al cálculo, la fiesta se vuelve

simulacro, los familiares y amigos se transforman en actores y el fin último no es tanto guardar, archivar, sino buscar la caída, el lapsus, el error, cuando no el error fingido (...)" (Silva, 2012, p.48) .

Sin embargo otros casos demuestran que, oponiéndose a lo anterior, "las impresiones que se logran cuando la persona está distraída suelen ser de mayor valor informativo y expresivo que aquellas en las que la persona ya asume una pose ante el fotógrafo." (Silva, 2012, p.55)

Y es un hecho que en el trabajo en cuestión, la pose es, en su mayoría, descartada y reemplazada por la espontaneidad de las distintas corporalidades de los personajes, y me atrevo a afirmar que es allí, en esa espontaneidad, donde radica la riqueza narrativa del producto entregado. Si bien hay alguno que otro archivo que demuestra una pose predispuesta, se incluye en el trabajo con un motivo específico, para contar algo puntual sobre el paso del tiempo, o la incomodidad de algún personaje, entre otros motivos que excluyen el querer respetar la reputación de los retratados.

¿Qué sucede cuando en la foto no hay personajes?

El tema de la ausencia resulta supremamente fundamental en el desarrollo de este trabajo, además de ser un factor característico de la imagen. Bien lo destacan varios autores como tal.

"El tiempo de la foto es el pasado. Registro de lo que ya no es. (...) Así, la foto es tiempo que ya existió." (Silva, 2012, p.92)

"La pureza del cine y su fuerza intransferible se muestran no en la agudeza simbólica de las imágenes, por muy audaces que éstas sean, sino en el hecho de que las imágenes expresan la concreción e irrepetibilidad de un hecho real" (Tarkovsky, 2002, p.85)

"Sin duda, el fuera de campo y la ausencia son elementos estructurales en una interpretación o lectura de la representación filmica." (Marzal Felici, 2015, p.215)

Otra influencia que aparece en este panorama es el trabajo realizado por Alan Berniler en su documental "*Nobody's Business*" (1997) . El director cuenta la historia de su padre, Oscar Berliner, valiéndose en gran medida de material de archivo y testimonios por parte de miembros conocidos y desconocidos de su familia. Todo empieza bajo la actitud negada del padre, quien dice que su historia de vida no es lo suficientemente digna para que Alan, su hijo, le haga una película. Oscar dice no encontrarle nada de atractivo ni interesante a su experiencia, así como cree que nadie lo hará, pues según él, su vida no es asunto de nadie. Considero que hay una riqueza excepcional en los testimonios de los personajes, sin tanta algarabía técnica. "*Nobody's Business*" (1997) demuestra tanto al personaje principal como al espectador, que no es necesario encontrar alguien famoso o un acontecimiento popularmente extraordinario para que detrás de él haya una historia digna de ser contada. A pesar de la resistencia que el padre le presenta, evadiendo sus preguntas o respondiendo exageradamente breve, el director logra hilvanar un relato biográfico bastante auténtico y diciente sobre su padre, consignando cómo se ve a sí mismo y cómo lo ven los demás.

Enfocándome en la forma de acercamiento a los personajes, el cuidado en la manera de preguntar y la armónica y fluida unión de todos estos testimonios en el montaje, consideré pertinente esta referencia para el tipo de producto que realicé. Asimismo, el retratar consciente o inconscientemente a una familia a través de la vida de un solo personaje, lo encontré útil y aplicable en mi proyecto. Es un hecho que nosotros mismos muchas veces no podemos expresar o inclusive caracterizar lo que nos hace ser, por lo que la percepción de los demás contribuye bastante a la construcción de quienes somos como sujetos y miembros de una familia. Asimismo, la importancia del archivo como propulsor de memoria e incentivo para enriquecer el relato, logrando la evocación y el cuestionamiento frente a un pasado, lo recibí de parte de Berliner como otro elemento para mi trabajo.

Ahora, por encima de todo lo anterior, el factor que más destaco de esta referencia es el logro que alcanza Berliner al sustraer de algo, o de alguien aparentemente insignificante e indigno de “ser contado”, un relato que demuestra cómo lo ordinario puede convertirse en un tesoro invaluable a través del tratamiento audiovisual. La no resignación al vacío que supuestamente caracteriza a eso que en principio se quiere documentar, lleva a profundizar y ejercitar la observación constante, a desarrollar sensibilidades previamente inexistentes y finalmente identificar esos momentos que sirvan para desmentir la predisposición inicial sobre un supuesto vacío.

Al leer una tesis universitaria, encontré una referencia importante para mi propio proceso. Se titula “*Entre los dedos*”, escrita por Sebastián Soriano J (2015). El autor se propone reconstruir

una imagen de su padre, quien debido al Alzheimer parece estar ausente. Esto lo hace a través del archivo familiar, de las fotografías y videos que su padre mismo registró, valiéndose también del ejercicio propio para conservar una imagen de aquello que su papá fue pero que aparentemente ha dejado de ser. Fundamental y evidente es el esfuerzo del autor por conservar la imagen de su padre lúcido a través del archivo familiar, del recuerdo de sus memorias más valiosas y del registro audiovisual en su presente, para evitar que todos sus recuerdos se desdibujen por completo de su cabeza. Considero que el autor de esta investigación encuentra en la contemplación la clave para entender a su padre, conocerlo de nuevo y evitar que su condición física imposibilitada a recordar afecte también su propia memoria. Sin embargo, el joven asimila la enfermedad de su padre y se esfuerza por encontrar métodos de relación e identificación con él.

Es esta cualidad de lo contemplativo la que encuentro bastante pertinente de relacionar con la intención de mi proyecto. En las últimas oportunidades que visité la casa de mis abuelos, adquirí cierta sensibilidad a lo que antes encontraba vacío o aburrido. Los silencios largos que antes sentía incómodos los fui recibiendo como instantes en los que algunos de mis familiares exponen mucho más de su ser que cuando hablan sin parar. Este elemento de la contemplación requiere entender la pasividad como un momento rico en revelaciones y detalles de los personajes, que por un afán de extracción inmediata, antes no había sido posible encontrar.

La base teórica que brindó Roland Barthes en su obra *“La Cámara Lúcida”* (1990), resulta considerablemente pertinente y de apoyo esencial para el tratamiento que le di al presente

proyecto. Cuando toca conceptos como la pose o el olvido, me evidencia la importancia de la aplicación de ellos en aquello que pretendo demostrar con el contenido audiovisual generado. Habla de la pose como esa apariencia y predisposición que adoptan los sujetos al ver que serán fotografiados, mostrándose de una manera que ellos mismos construyen, que se aleja bastante de lo que en realidad son (Barthes, 1990)

La apariencia parece ganarle a la esencia de tal o cual persona retratada, y esto es lo que sucede en la mayoría de álbumes familiares comunes y corrientes, en esas clásicas fotografías de cumpleaños, aniversarios, primeras comuniones, matrimonios, etc. Sin embargo, con este proyecto pretendo precisamente proponer lo contrario a esta predisposición “posuda”, tratando de romper con la apariencia y apostándole a la esencia. Su forma de abordar el tema del olvido evidencia la cualidad de la fotografía para contrarrestar el mismo. Es ese olvido al que muchos temen y que probablemente yo también, una de mis motivaciones.

Mi deseo por evocar en la percepción del observador ese sentimiento de empatía con el material expuesto, lo relaciono teóricamente con lo que Walter Benjamin habla acerca del “aquí y el ahora” (Benjamin, 1989) de una obra de arte. Sin pretensiones de llamarle obra de arte a mi trabajo, excluyo este detalle o título de mi comparación teórica y traslado la idea del “aquí y ahora” a mi investigación, para procurar transmitir al observador la autenticidad del momento real que está viendo almacenado en el álbum. De no lograr esa empatía mencionada anteriormente, considero que el álbum audiovisual pasaría a ser un producto netamente personal y ajeno al “disfrute” de los demás.

Ahora, si se espera que esa esencia, ese “aquí y ahora” (Benjamin, 1989) de la pieza comunicativa, se le revele a los demás, va a ser necesaria la adopción de una actitud paciente por parte del observador. Esto es un elemento de total importancia en este trabajo y vale la pena recalcarlo. En ningún momento correspondiente a la estética de la planimetría utilizada, ni tampoco en la estructura del montaje de los audiovisuales, se pretendió entretener bajo herramientas técnicas que maravillen o impacten al espectador. Mi intención se aleja totalmente de buscar entretener con efectos de edición, o ritmos de montaje popularmente catalogados como dinámicos, o movimientos de cámara con una factura espectacular. El ritmo y atmósfera real de cada acontecimiento consignado en el producto, determinó qué tan lenta, pausada, cortada, prolongada o callada iba a resultar cada pieza audiovisual. Es lógico que no puedo pretender exponer sin intermitencia las 3 o 4 horas que paso un sábado donde mis abuelos, pues anularía la existencia y razón de ser del montaje mismo. Pero, en este tratamiento y materialización de la cotidianidad, debo discernir lo suficientemente bien para no extraer material importante por temor a no aburrir, sin tampoco caer en la redundancia ni en la sobreexposición sofocante.

MARCO METODOLÓGICO:

La realización del llamado álbum audiovisual conllevó un proceso que empezó desde el registro. Si bien no había una intención clara desde el principio, sino más bien un afán por coleccionar recuerdos por un miedo a la pérdida de los agentes que los encarnan, conforme el tiempo pasaba y los cambios se daban, así también se iban adquiriendo motivos para registrar. Las situaciones se dieron, las personas asistieron, se ausentaron, se fueron, los espacios cambiaron, y ahí procuré estar con la cámara de testiga. Como bien lo dicta la intención del trabajo, se implementó un método en el cual se dejaron por fuera algunos eventos obedientes al clásico álbum familiar, y los que se incluyeron, se abordaron con un tratamiento diferente a lo que dictaría el estándar.

Durante el proceso, entró en la metodología la necesidad de identificar aquello de lo que no se habla en *Donde mis abuelos*, pues no sólo se hizo una recolección de realidades sino también una identificación de aquello que en ocasiones no se quiere reconocer como real, siendo esto las ausencias, tensiones, cambios, entre otros... Muchas veces se cae en priorizar lo bello, lo popularmente aceptado como estético e impactante, el detalle de la arruga de un abuelo o la lágrima de aquel que ha perdido a su hermano. Sin embargo, antes que darle importancia a esto, el método aplicado buscó lo narrativamente importante, según las dinámicas de la comunidad que se estuvo observando y registrando.

“El valor de las fotografías etnográficas no está en su calidad estética como obra de arte, sino en el conocimiento que el etnógrafo genera a partir del estudio, producción y análisis de estas

fotografías en el conjunto de muchas otras, y en el contexto de su trabajo de campo y de su conocimiento de la sociedad que estudia” (Masoliver y Arguimbau, p.22, 2004)

Así pues, tratándose esto de una especie de etnografía familiar, digerida a través de la recolección de archivos audiovisuales, el postulado anterior logra consignar lo verdaderamente importante en estos casos: estudio, producción y análisis.

La herramienta predilecta para llevar a cabo el estudio, fue la observación. Si bien me valí de implementos técnicos, la decisión de obturar o poner a grabar la cámara obedeció a un proceso de acompañamiento, seguimiento y observación que finalmente justificó y motivó esas decisiones de producción.

Al momento de revisar el archivo fue necesario organizarlo en diferentes segmentos. En principio, se dividió en personajes, espacios y situaciones particulares o “historias de un sábado”. En esta fase de segmentación, que no le exigía pausas al paralelo proceso de registro, hubo un elemento que me posibilitó hacer asociaciones y poner al archivo a conversar entre sí.

Las llamé anotaciones sobre la marcha, y fueron estas las que me permitieron identificar ciertas semejanzas entre la disposición de los espacios, la concurrencia de los personajes en los mismos, las conversaciones, e inclusive similitudes en la orgánica disposición corporal de distintos personajes. Asimismo, gracias al ejercicio de anotar mis impresiones sobre lo que iba catalogando, me percaté de la semejanza en mi propia manera de capturar. Caí en cuenta que las decisiones estéticas que tomaba a la hora de registrar, estuvieron influenciadas directamente por

los cuadros colgados en las paredes de la casa, o los marcos de las puertas y ventanas, aparte de la esperada relación con mis referencias teóricas.

Ahora, con respecto al proceso de selección y montaje de las piezas, sobre todo audiovisuales, me hice el siguiente cuestionamiento: ¿Cómo generar un hilo conductor, que a fin de cuentas será un marco interpretativo bajo el cual se instaurará el sentido del álbum, entre todas las piezas? Así entonces, habiendo indagado en referencias teóricas, me ví obligado a responder con una pregunta.

“Y en qué reside la naturaleza de un arte fílmico propio de un autor? En cierto sentido, se podría decir que es el esculpir el tiempo. (...) el artista cinematográfico aparta del enorme complejo de los hechos vitales todo lo innecesario, conservando sólo lo que será un elemento de su futura película. (Tarkovsky, p.84, 2002)

Si bien mi producto no es una película sino un conjunto de relatos, fue esta idea de Tarkovsky la que me dió las herramientas necesarias para llevar a cabo un juicioso proceso de selección, así como también me permitió aplicar esa técnica del esculpir al momento de registrar los elementos que hacían falta. Así pues, en todo el proceso de descartar, escoger, montar digitalmente y luego físicamente en el álbum como tal, me fue bastante útil la referencia anterior como guía metodológica. De hecho, se llegó a un resultado que carga consigo unas razones específicas que influenciaron su montaje, el orden de las imágenes y la sucesión de los acontecimientos, todo bajo esa idea escultora.

En algún punto del recorrido se pretendió realizar una especie de poema corto para cada uno de los personajes con incidencia en Donde mis abuelos, acompañado de fotografías. Sin embargo, la intención, fuerza narrativa y el ánimo estético que fui encontrando en la fotografía y el video, me imposibilitó continuar en el intento por crear versos, no sin antes tener resueltos los pseudo-poemas de Julia y Jesús Aníbal, los anfitriones.

En cuanto a los implementos utilizados, bastó con una cámara, mi celular, el escuchar y el observar para encontrar las herramientas predilectas para la realización de este proyecto. Para el proceso de montaje, post-producción y edición del álbum, se utilizaron programas como Adobe Premiere Pro, Lightroom, Photoshop e Illustrator.

Para la generación de los códigos QR, fue necesaria la utilización de una página web llamada QR Code Generator. Para la lectura de los mismos, sólo es necesario descargar una aplicación móvil, dependiendo del operador, para la visualización de los enlaces.

A continuación, un par de ejemplos de las anotaciones sobre la marcha.

Mayo 18, 2018

En las últimas semanas, ocupaciones académicas y personales han conllevado a hacerme digno de comentarios como: “Y ese milagro Pabli”, “Estás más alto”, “Mucho gusto joven”, “Como ya

no viene casi”, provenientes de Julia y Jesús Aníbal, respectivamente. Esas frases, que si bien son intencionadas con cariño, las recibo cayendo en cuenta de que no soy nadie para juzgar la poca o mucha frecuencia de mis demás familiares en sus visitas a Donde mis abuelos. Asimismo, me resaltan lo irresponsable que sería al crearme con la autoridad para declararme más cercano a mis abuelos, o inclusive más familiar que los demás. Por lo que he vivido en el último mes, me arriesgo a decir que el asistir los sábados no siempre será sinónimo de una convicción real por estar allí. Así me pasó, a veces sintiendo obligatorio el asistir, como si la abuela Julia tomara lista todos los sábados, cual profesora de colegio, y yo no quisiera que me anotaran una inasistencia o retardo.

No tiene sentido, no se trata de cumplir. Si con este trabajo quiero precisamente hacer visible la riqueza narrativa de la cotidianidad, no puedo caer en la obligada costumbre de asistir por simple inercia.

Entiendo que muchas de las ocasiones en las que he juzgado la inasistencia de mis primas, primos, tíos, hermano o papá, estuvieron fundamentadas en la actitud escolar descrita previamente, y que sólo cada uno en su intimidad sabrá las verdaderas razones y prioridades causantes de su inasistencia a las reuniones sabatinas.

Mayo 24, 2018

Consternado. Sinceramente impactado por permitirle a mi imaginación proyectar imágenes en mi cabeza de Donde mis abuelos, sin mis abuelos.

UNA NUEVA MANERA

¿Porqué hablar de la familia? ¿Porqué esa obsesión por registrar constantemente lo que sucede o deja de suceder con ella? ¿Porqué pretendemos capturar y encapsular momentos o personas cuando racionalmente entendemos que no es posible eternizarlas? ¿Qué busco con todo esto? ¿Acaso me estoy esforzando por obligarme a creer, falsamente, que el registro audiovisual vence la inevitable finitud de las cosas registradas? ¿Es todo esto un capricho que sólo a mí me va a inquietar e interesar?

Cantidad de interrogantes surgen, y todos alrededor de un factor común: DONDE MIS ABUELOS.

Muchos años han pasado desde que empecé a concebirlo como algo que siempre debía suceder los sábados en la tarde. Debía tener 14 años cuando temprano me levantaba para asistir a una escuela de fútbol, en la que mi desempeño no demostraba tanto interés como sí lo hacían mis ganas de llegar a donde mis abuelos al terminar las prácticas. Si bien no sobresalía en mi juego, alcanzaba a sudar y me convencía de haber perdido el peso suficiente para sentirme digno acreedor de un festín sabatino.

Lo usual en ese entonces era llegar con uniforme amarillo fosforescente cual licra ciclística, con la cara roja y con alguna bebida hidratante en la mano. De vez en cuando en mis manos llevaba el sobrante de algún paquete, preferiblemente dulce. A veces notaba que mi hermano entraba a

bañarse, pero yo no le veía sentido, pues ya era hora de almorzar. Colorado como yo estaba, era ese pollo servido en la mesa. “Pollo rojo” le llamaba yo, con su cuero bien tostado y la salsa que lo bautizaba.

Él fue quien me llevó a comer con las manos. ¿Cómo pretendía comerme todo el pollo con cubiertos? Mi tía Ana Julia, de cuya experticia yo aprendí, solía enseñarme cómo proceder. Me aconsejaba usar servilleta como cobija para el hueso, pero al perder pudor, lo desarropé y cada vez quedaba menos por desperdiciar. Solía ser de esos niños de quienes la abuela se enorgullecía por el buen comer, así como su tía y su madre que decían: “Pablito come de todo, él no molesta”. Sin ser del todo cierto este concepto en el que me tenían, mis límites culinarios no se hacían notar en esas reuniones, siempre repetía y el repertorio era de mi más sumo agrado.

A los primos nos aburría el silencio, así como la seriedad que albergaba en las conversaciones del comedor principal, por lo que siempre almorzábamos en el cuarto del televisor, amenizados por la infaltable seguidilla televisiva de Los Simpson y Futurama. Almorzados ya, bajábamos al parque a jugar fútbol con mis primas, quienes hoy ni por las curvas tocan un balón. Recuerdo también el llamado ‘bolinis’, el deporte familiar casi patentado que practicábamos con un balón de plástico en una cancha de tenis abandonada y bastante inhospitalaria. Tras varias rondas sonaban las campanas del heladero y con ellas se detenía la jornada deportiva. La escogencia del helado variaba dependiendo del primo. Unos más ácidos otros más chocolateros, elegíamos entre paletas que ya hoy no se venden.

Más tarde, de vuelta al cuarto del televisor, cortábamos el dulce con deditos de queso y empanadas, amenizados ahora por “También Caerás”. Antes de partir, el repertorio terminaba con un bon-ice. Sin duda, la comida era la protagonista principal, así que medía mi diversión y disfrute a partir de qué tanta azúcar entraba a mi cuerpo. Todos los sábados eran deliciosos. Ese era el adjetivo principal. Ni las tareas del colegio me robaban la tranquilidad, ni me privaban de disfrutar donde mis abuelos.

En ese entonces eran muy pocas las cosas que me inquietaban, vivía en la rutina y era muy extraño que no sucediera lo que esperaba. Consentido, cómodo, campante con mi comida y mi familia, sin notar nada más aparte de si se acababa el helado o las galletas alemanas.

Con los ojos de hoy me doy cuenta de un fenómeno interesante que poco a poco fue permitiendo el final de toda la anterior realidad. El tema de la edad empezó a jugar un papel fundamental en la capacidad de disfrutar de la misma manera la visitas a donde mis abuelos. No comprendía porqué al crecer se iban perdiendo costumbres y se adquirían nuevas bajo el gobierno de una extraña madurez descartaba las anteriores maneras de disfrutar. Todo esto lo puedo ejemplificar en el paso del cuarto del televisor al comedor principal de donde mis abuelos. Al compás de nuestro crecer, se liberaban las mesas portátiles junto al sofá blanco. Conforme los primos fuimos “madurando”, se iban añadiendo asientos al comedor principal, así fuera por turnos debido a la cantidad de comensales. En mi caso, recuerdo no entender las razones por las cuales se daba esa mudanza. En ocasiones permanecía en el cuarto bajo una actitud rebelde ante la

expectativa general de “madurar”. Sencillamente no quería renunciar a eso que para mi debía ser normal y tenía que suceder siempre. ¿Porqué crecer implicaría salir de allí?

Al separarse de mi madre, mi papá se mudó temporalmente a donde mis abuelos, y su habitación pasó a ser el cuarto del televisor. La propuesta para la repartición de mi hermano y yo consistió en alternar los fines de semana, por lo que cada 15 días dormíamos con mi papá. Así entonces, ese cuarto dejaba de ser únicamente un escenario de reunión o disfrute, sino un lugar para el descanso, mi hospedaje dos fines de semana al mes, mi habitación en donde mis abuelos. Ya prácticamente había tomado posesión de ese espacio, tenía mis videojuegos conectados y la pijama doblada sobre el mueble. ¿Por qué salir de allí? Hoy caigo en cuenta de las consecuencias de esa actitud que empecé a adoptar, de esa negación de apagar el videojuego, de crearme dueño del cuarto. Al suceder todo esto, no estaba dándole espacio a Los Simpson ni Futurama, no resultaba cómodo para los asistentes enfrentarse al niño que no quería ceder ni entendía porqué debía hacerlo, no estaba permitiendo el curso natural de esas “viejas costumbres” que incoherentemente estaba exigiéndole a los demás.

El tiempo pasó y finalmente yo también llegué a hacer parte de ese comedor principal, el cuarto del televisor recibió a mis primos más pequeños, y las conversaciones que antes consideraba aburridas ahora amenizaban mi almuerzo. Sin embargo, entre todos los cambios y las transiciones, el almuerzo permanecía en su estado natural, por lo que aún medía mi disfrute según la comida. Pero llegó un sábado en el que desperté de la comodidad.

No iba hace un tiempo y esperaba ver a mi familia reunida de nuevo, para averiguar si de algo me había perdido. Al llegar, sólo estaban mis abuelos. Con el correr de un par de horas entendí que mi papá y yo íbamos a ser los únicos asistentes. Llegó así el momento de almorzar, y frente a mí había algo hasta el momento sin identidad. No quería preguntar, solo servirme y suponer con las mejores expectativas qué era lo que me iba a comer. Se veía rojo, pero no era pollo. Di el primer bocado y mi abuela exclamó lo que temía: “lengua en salsa Pabli” . Ahora que lo recuerdo, entiendo porqué sentía como si estuviera mordiéndome a mi mismo. De inmediato dejé ese talento e interés para comer que antes me caracterizaba. Empecé a palpar mi comida con los cubiertos, extrañado de lo que tenía enfrente, preguntándome porqué la abuela habría hecho algo tan anormal, tan salido del repertorio.

Ya no me sentía cómodo, esa lengua me sacudió. Iba entendiendo mientras me la intentaba comer, que poco a poco me iba a encontrar con realidades que tampoco me iban a agradar mucho, situaciones que iba a percibir por primera vez, así como lo hice con la porosidad de esa lengua. Me fue evidente que ese sábado no estaba en los planes de mi abuela el recibirnos para almorzar, pero a pesar de mi inasistencia en varias de las anteriores ocasiones, me creía capaz de decir qué era normal, qué debería pasar, qué debería encontrar en mi plato, entre otras erróneas suposiciones. Voluntariamente, Julia no tenía presupuestada la visita ese sábado, pues en las anteriores oportunidades casi nadie había aparecido, obligándola a pensar cómo administrar los sobrantes del pollo rojo, del sancocho, de la frijolada o del muchacho con queso, al punto de no contar con nadie y hacer su lengua en salsa sin ningún impedimento.

Entendía mientras sentía masticarme a mi mismo, que no había sido el único ausente en ese tiempo anterior, que había estado inmerso en una comodidad absoluta en la que daba por sentado comer tal plato, y comerlo en una mesa con toda la familia Taborda Castro. Sin embargo, la realidad era una frente a la cual estuve ciego hasta ese día. La lengua frente a mi me enseñaba que se estaba acabando una manera de disfrutar y era hora de darle paso a una nueva. Mi disfrute ya no podía depender de la comida, ya no iba a poder medir qué tan agradable había sido mi visita a partir de lo que estuviera servido en el plato, pues llegaba el tiempo de apreciar esos sábados desde otro punto de vista. Esa manía de abandonar las costumbres anteriores, esa incomprendida madurez, parecía tocar mi puerta.

Me empecé a preguntar por los silencios largos, por la ausencia de esta persona o la otra, por la lengua en salsa, por las razones en las que estaba justificando mi ausencia en las ocasiones pasadas, por los cuadros, por la lámpara sobre la mesa, por las formas, por los espacios vacíos... Entendía de mala gana que no todo debía agradarme y que no todo debía marchar a la perfección, pues podía haber problemas, y además, entender que no necesariamente se debía hablar de ellos. Comprendía que la perfección no estaba en la comida ni en la cantidad de sonrisas o asistentes. Al sábado siguiente volví con cámara y trípode en mano, sin ninguna intención diferente a indagar si la nueva manera de disfrutar donde mis abuelos era detrás del lente.

Pasado un tiempo, llegando ya al culmen de mi carrera universitaria, empecé a indagar en cuál habría de ser el tema de mi trabajo de grado, en qué aspecto de la realidad iba a basar mi investigación, en qué temas personales o sociales eran los que me inquietaban y me llevaban a

elucubrar sin control por largos periodos de tiempo. Pensé en mi espiritualidad, en los conflictos sociales, en lo que abundaba en los noticieros del momento, en aquello que debería contarse o eso que los demás esperan se les cuente. Por un momento dejé de elucubrar y me hallé a punto de salir a donde mis abuelos. Terminé de empacar los lentes de mi cámara, agarré el trípode y salí de afán, como de costumbre.

En el carro recibo el llamado de atención de mi hermano, quien casi siempre debe esperarme para salir. Durante el recorrido hubo más silencio que diálogo, sin ser esto un momento incómodo o signo de una mala relación.

Pablo: - ¿Sabes si mi papá va hoy?

Nicolás: - Supongo. Quedamos en que íbamos a celebrarle el cumpleaños hoy... ¿tú no has hablado con él?

Pablo: - No mucho...

Nicolas: - ¿Hoy?

Pablo: - Ah no hoy no, nada...

Nicolás: - Escríbele, ¿no?

Pablo: - Voy...

En el camino paramos a comprar un postre como regalo para mi papá, sin saber exactamente cuál le gustará más. Así pasó el tiempo, entre el silencio amenizado por el trancón y un disco de Abel Zabala, hasta que llegamos.

Al entrar ví a mi abuelo solo y sentado en la cabecera de la mesa. Mi papá salió del baño. Efectivamente si iba ese día.

Le pregunté porqué no me había contestado el celular, a lo que él me contestó que lo dejó cargando en el cuarto de los abuelos. Al acompañarlo encontré a mi abuela recostada en su cama. Inmutable, nos dijo que la esperaríamos en el comedor. Ellos tres ya habían almorzado. Estando ya todos sentados, nos empezamos a servir. Hubo lugar para una conversación breve con mi papá, pero se suspendió rápidamente por una oración antes de comer.

Márie, la mujer que trabaja en donde mis abuelos, salió de la cocina y se quedó parada en la puerta como una distante espectadora. Mi abuelo no se percató del esperado silencio, por lo que mi abuela le insinuó indirectamente que apagara su radio. En la oración, mi hermano dió gracias a Dios por el alimento, por el tiempo en familia y por la vida de cada uno, pidiendo por más de su gracia y misericordia para cada uno de nosotros. Al sonar del amén, mi abuelo aplaudió, prendió de nuevo el radio y empezó a cucharear un banano mezclado con alguna ración sobrante de su almuerzo. Acto seguido sonó el cabezote de “Mascotas Caracol” y empezamos a comer.

Durante el almuerzo, se habló un poco sobre el trabajo de mi hermano y mis trabajos de la universidad. Le pregunté a mi abuela por quienes dijeron que llegaban a almorzar, y mi abuelo nos pidió que le arregláramos algo en su celular, ya fuera borrarle los mensajes viejos o leerle los pendientes. Mi papá se sentó en la cabecera norte del comedor, alternando entre “leer” alguna revista, usar su celular y participar de lo que se estuviera hablando en el momento. Así como en el carro, aún reinaba el silencio sobre el diálogo, amenizado esta vez por una entrevista a la esposa de un candidato presidencial sobre sus mascotas.

Aníbal de Jesús: - Pongámosle música a esto porque que...

Mi papá hizo realidad su comentario y un par de minutos después empezó a sonar Elton Jhon, particular escogencia entre pasillos, bambucos y muchos tangos. En este momento llegó mi tía Ana Julia, con mi tío Carlos y dos de sus hijas: Ana María, acompañada de su novio Juan, y Laura, con aparente afán. Juliana, la mayor, se ausentó. El saludo con mi tía denotó los muchos sábados que habían pasado sin vernos. Los recién llegados se empezaron a sentar, menos Laura, quien al despedirse comprobó la veracidad del aparente afán con el que llegó. De su partida me enteré al salir del baño, por lo que le pregunté a mi tía a donde fue. Ella no logró responderme con certeza, pero me dió a entender que tenía algunos compromisos sociales por atender.

Todos empezaron a comer mientras el silencio comenzaba a perder protagonismo frente a alguna conversación iniciada generalmente por la Nena, mi tía.

Ana Julia: - ¿Y que más mamita?

A eso de las 3:15 pm se manifestó el motivo adicional de la reunión, pues nos dispusimos a entonar aquel cántico que al sonar de un hermoso espanglish celebró un año más de vida de mi papá: el jamás bien pronunciado “Japi berdei”, cuyo tempo siempre es bastante subjetivo para cada miembro de la familia. La Nena, perenne encargada de porcionar, empezó el conteo de los que comerían porque.

Al cuchareo del postre, se conversó superficialmente sobre las elecciones presidenciales, la dieta que el abuelo no comprende ni pretende cumplir a cabalidad, las razones por las que no había podido asistir los anteriores sábados, los almacénes de la familia en Cartagena, los postres sobre

la mesa, los recuerdos de infancia que estos nos evocaron y el matrimonio de algún príncipe en Europa.

Terminada la sobremesa, los asistentes empezaron a dispersarse alrededor del apartamento. Mi tío Carlos se dirigió al cuarto del televisor para su habitual siesta. Mi papá se recostó en el sofá de la sala, con el celular siempre en la mano. Mi abuela regresó a la posición en la que la encontramos al llegar. Mi abuelo, en cambio, permaneció en la cabecera del comedor con su radio. Elton John dejó de sonar, pues la consola cambió al siguiente compartimiento de cd: folclor colombiano. Pasó una hora y fue momento de despedirme de mis abuelos, agradeciendo por las atenciones recibidas, por la comida, y expresándoles lo bueno que fue verlos de nuevo. Lo mismo hice con Márie, dándonos un tímido abrazo, y con el resto de la familia asistente. El tío Juan, su esposa Ana María y sus dos hijos: Antonia y Lorenzo, no asistieron. De ellos no hubo mención ni extrañeza por su ausencia.

Y así se pasó el sábado, mientras con mi cámara, a cuya presencia todos estaban cada vez más acostumbrados, fui capturando algunos instantes de la tarde. Bajando el ascensor desde el piso 12 hasta el sótano, empecé a hallarle una posible respuesta a los cuestionamientos que demoraron la salida de mi casa. Es aquí cuando me percaté de todo aquello que habita en donde mis abuelos y lo valioso que sería embarcarme en un intento de compartirlo, encontrándole la trascendencia a esa nueva manera de vivir y disfrutar mis visitas los sábados.

Donde mis abuelos es un proyecto que, desde la puesta en conversación de archivos audiovisuales y anotaciones textuales, le apuesta a encontrar en la cotidianidad, muchas veces dada por hecho y pasada por alto, momentos llenos de narrativa e identidad familiar, demostrando así la importancia de la familia y la riqueza que reside en la cotidianidad de la misma. Esto, a través de la conjunción de personajes, espacios, situaciones y objetos específicos que tienen lugar en la casa de mis abuelos paternos.

Asimismo, busco sembrar en los observadores una conciencia de la finitud nuestra y de la autenticidad de los acontecimientos que nos rodean, para así apreciar de gran manera la existencia de los mismos y, aparte de registrarlos si les place hacerlo, vivirlos y aprovecharlos antes de que sea demasiado tarde.

La herramienta principal de este proyecto, como bien se ha dicho anteriormente, fue la observación, pero la necesidad de esta no estuvo solamente en el proceso de creación. Es decir, lo aquí consignado es también una invitación para que el observador adopte una actitud de observación y contemplación en el momento de disfrutar del producto final.

Muchos afirman que somos costumbre, rutina, que hoy consideramos valioso algo y mañana podremos estarlo desechando, pues nuestra exposición a un contexto nuevo nos llevará al desencanto por lo anterior. Pero, ¿qué tan verídico es que en esa costumbre, consideremos algo real y perdurablemente valioso? Ese acostumbrarnos nos lleva a normalizar lo que en un principio nos parecía maravilloso y digno de admiración. Pasa un tiempo y nos conformamos

con ello, damos por sentado que esta persona, este lugar, este objeto, permanecerá allí siempre, y ya no nos maravillamos.

Es precisamente esta inmersión en la costumbre lo que nos lleva a desechar la unicidad y a necesitar la pérdida o muerte de lo invalorado para que en su ausencia, en el recuerdo, en la nostalgia, le demos por fin su importancia y valor correspondiente. Inclusive, en muchos casos uno no le da el valor a algo. Más tarde que temprano, uno se digna a percatarse de las cualidades y la autenticidad que siempre ha tenido ese algo previamente ignorado, lo considera y finalmente reconoce su incalculable valor.

No deja de serme inquietante el hecho de encontrar, en ciertas ocasiones, más vida y riqueza narrativa en lo ausente o en lo rezagado, y no tanto en lo que está ahí, meramente explícito. ¿Cómo es que llegamos a darnos cuenta de lo que tenemos solamente cuando no lo tenemos? El poder de la ausencia me resulta fascinante, y el papel del registro audiovisual en ese poder lo encuentro aún más atractivo.

Así pues, arranqué indagando en aspectos formales y narrativos para, de alguna manera, empezar a darle los primeros frutos a mi nueva manera de visitar la casa de mis abuelos, específicamente con Julia y Jesús Aníbal, los anfitriones. Ellos son ese pegante que con o sin convicción, posibilitan la existencia de Donde mis abuelos. Sin animos de considerarme artista o mucho menos conocedor de los diferentes géneros literarios, construí esto que me atreví a bautizar como poemas breves, acompañados de fotografías que permitieran la construcción de los pretendidos versos.

LOS PRIMEROS FRUTOS

JULIA

Allí yace, con ojos cerrados, manos recogidas sobre el pecho y un rostro inanimado.

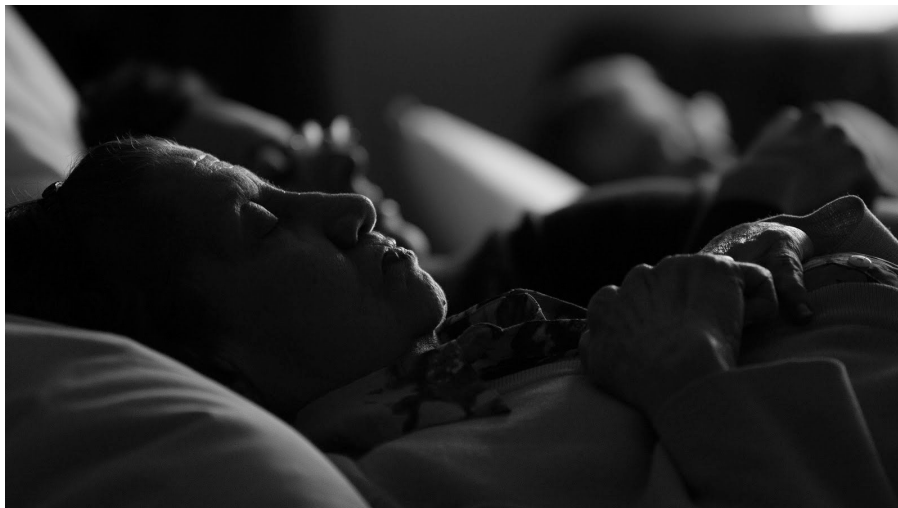
Cambia el encuadre, pero ella continúa inmutable,

pasiva, como rellenando el espacio.

Los unos desaparecen mientras ella permanece,

viéndosele erguida tan solo una vez.

como quien no quiere despedirse...



J E S Ú S A N Í B A L

Mirada perdida en su retrato, indigna de un álbum familiar,

resistiendo a la convencional sonrisa del estándar.

Parece percatarse de mi presencia, así su mirar tiende a difuminarse,

como su imagen tras el cristal.

Evidente es que su mente no está donde sus pies,

recordando esa frase traducida a canción por Garzón y Collazos:

“A quien engañas abuelo”



CONCLUSIONES

Considero que se acerca la hora de adoptar una última manera de disfrutar en donde mis abuelos. Todo lo que fue este proceso, me obligó a oficiar como un agente externo en muchas de las situaciones registradas. Si bien tengo incidencia en algunas de ellas, mi participación en el sentido real de lo que sucedía en donde mis abuelos, en las conversaciones que se daban, las sensaciones que se experimentaban, se limitaba debido a no querer intervenir en demasía en los fragmentos materializados. De hecho, el observador puede notar mis ganas de apartarme y no intervenir, en el archivo correspondiente al día en que llovió y tronó, haciéndome el de oídos sordos cuando mi padre me hace una pregunta.

Entre muchas de las cosas que mencionó Roger Odin (2009) en el texto citado para este trabajo, hubo una en particular que me facilitará ser comprendido por el observador. Palabras más, palabras menos, Odin califica al productor del film familiar como un agente totalmente externo a la familia, ni siquiera considerándolo parte de ella, sino más bien, alguien que busca hacer de esas personas frente a él un espectáculo y excusado en motivaciones falsas.

En un principio, antes de encontrarme con esta referencia, ya sentía el deseo de parar el registro. Sentía ya no estar yendo a donde mis abuelos, sino registrando como los demás si lo hacían. No me permitía disfrutar de las risas, de los comentarios, me privaba de responder. Me empecé a sentir sumamente preocupado por capturar, no por experimentar. Muchas veces ni siquiera les dirigía la palabra a mis familiares por largos periodos de tiempo, pues encontraba en el registro

la excusa perfecta para simplemente no interactuar. Estas reflexiones fueron un punto de quiebre, que si bien no se hacen explícitas en el producto, si son sentimientos que aún cargo y que muy pronto me motivarán y me enseñarán, así como la lengua en salsa, a disfrutar de una nueva manera las visitas a donde mis abuelos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adell, J., Fecé, J., Guarné, B., Propios, C., Selva, M., & Solá, A. (2004). *Representación y cultura audiovisual en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Editorial UOC.
- BENJAMIN, W. (1989). *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires.
- Berliner, A. (productor) y Berliner, A. (director). (1997). *Nobody's business* [documental]. Alemania.
- Eco, U. and Lozano Miralles, H. (2017). *Kant y el ornitorrinco*. Barcelona: Debolsillo.
- Marzal Felici, J. (2015). *Cómo se lee una fotografía*. Madrid: Cátedra
- Odin, R. (2009) *El film familiar*. Buenos Aires.
- Roland Barthes . (1990). *La cámara lúcida*. Barcelona, España: Paidós.
- Silva, A. (2012). *Album de familia. La imagen de nosotros mismos*. Medellín, Colombia : Sello editorial Universidad de Medellín.

- Sontag, S. and Major, A. (2015). *Sobre la fotografía*. Barcelona: DeBolsillo.
- Soriano, S. (2015). *Entre los dedos*. Bogotá, Colombia : Universidad Javeriana.
- *Stalker*. (1979). [film] Directed by A. Tarkovski. Unión Soviética: Andréi Tarkovski.
- Tarkovski, A. (2002). *Esculpir en el tiempo* (6th ed.). Madrid: Rialp, S.A.